

BUENAS PRÁCTICAS PAISAJÍSTICAS EN LA MODERNIZACIÓN AGRARIA

Esther Isabel PRADA LLORENTE
Departamento de Arquitectura. Universidad de Alcalá.
esther.prada@uah.es

Pascual RIESCO CHUECA
Centro de Estudios Paisaje y Territorio. Universidad de Sevilla.
riescochueca@us.es

En los paisajes rurales conviven elementos materiales e inmateriales cuyo engranaje es accionado por procesos socio-económicos de alcance global. Los valores paisajísticos del medio rural son un ingrediente fundamental en la calidad de vida, y no sólo para quienes residen en el campo, sino también para la población urbana, cuyo asueto y vida laboral dependen de forma creciente de recorridos y estancias en espacios de dominante rural. Es prioritario encontrar inspiración para modelar el futuro paisajístico de estos espacios, y reforzar sus potenciales aportaciones a la sociedad: (1) calidad de vida para residentes y viajeros; (2) excelencia productiva para las iniciativas en el medio rural.

Reconocer los valores de estos paisajes, comprender su enraizamiento antropológico, mostrar la vulnerabilidad de su carácter ante cambios estructurales, materiales y otros fenómenos de naturaleza larvada, y sugerir medidas prácticas para orientar la evolución futura de tales espacios: éstas son las tareas que se esbozan aquí, ilustradas con el ejemplo de una próxima intervención paisajística en la comarca de Sayago (Zamora).

1. EL PAISAJE AGRARIO COMO CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA Y EXPRESIÓN PATRIMONIAL DEL TERRITORIO

El paseo por los espacios rurales europeos, gracias a la larguísima interacción entre historia y naturaleza, ofrece a la mirada atenta una copiosa cadena de impresiones, densamente trabada en torno al pasado bio-geográfico y etnográfico de cualquier área. Al progresar la intensificación agraria, se sacrifican componentes de este paisaje plural a un empeño dominante: obtener del espacio agrario el máximo rendimiento a corto plazo. El programa extractivo monopoliza las formas. En ausencia de un diseño adecuado, que tenga en cuenta el criterio paisajístico, se generan espacios ingratos o intransitables, cuya monotonía es opresiva para el paseante. En general, las transiciones suaves del paisaje tradicional, con bordes blandos, desdibujados, se sustituyen por articulaciones abruptas. Una simple línea recta puede separar una repoblación forestal de un cultivo herbáceo. Es un paisaje con pocas tangentes y muchas secantes, con cortes y sin continuidades.

Los paisajes agrarios ofrecían hasta fecha reciente abundantes marcas de carácter, en las que destaca un estilo común, la ruralidad. El repertorio de formas y temas con que se despliegan tales paisajes muestra una identidad corporativa involuntaria o inconscientemente construida. En el ajuar campesino tradicional, desde la cuchara al carro, desde el hórreo al almiar, se ofrece un conjunto de pertrechos cuyo diseño se ciñe a las leyes de la producción local, la robustez y la improvisación dentro de los límites marcados por la pobreza de materiales y procedimientos de construcción. El paseo por una comarca tradicional equivale a recorrer una exposición de diseño anónimo, sembrada por los pliegues del campo. Las formas y componentes, sin haber pasado por un proyecto armonizador, gozan de una intensa coherencia de diseño; son hijas de una artesanía brotada del terreno, dependiente de la vegetación y los suelos locales, y amoldada por lenta

evolución histórica a un conjunto consistente de prácticas de labor: pozos, cigüeñales, abrevaderos; cercas de piedra, angarillas; almiares, palomares, cobertizos.

La congruencia y unicidad del diseño tradicional no son fáciles de reproducir con la tecnología y el sistema productivo del presente. Los equipamientos agro-ganaderos han pasado de tener una identidad comarcal a ser insensibles incluso al cruce de fronteras. Son artefactos de catálogo, y en nada se diferencia el *pivot* de riego en un maizal de Extremadura del que se usa en Tejas o en Francia. Lo mismo cabe decir de las naves, los tendidos, las tolvas, los silos y los sondeos. El resultado se mide por acumulación: toda una red de *avisadores de lo local*, que declaraban en sordina el carácter del lugar, producto de la convivencia entre país y paisanos, se va extinguiendo. Análogamente, en un paisaje campesino, los caminos, sendas, eras, ejidos y trochas expresan la experiencia laboral y narrativa acumulada en las rutinas de trabajo durante siglos. Tanto más deplorable es el borrado de la red de caminos históricos y su sustitución por un damero alambrado por obra de la concentración parcelaria.

El paisaje rural puede perder con ello mucha de su expresividad local y su densidad histórica. A la profusión de apliques diseminados se añade una mutación profunda en la fisonomía de pueblos y aldeas. La arquitectura popular solía conjugarse con soluciones urbanísticas también populares. La configuración y amueblamiento de los espacios públicos dependía de soluciones locales resultado de una lenta destilación de fórmulas históricas. Actualmente, los núcleos rurales crecen con indiferencia a la topografía y el carácter del lugar, y se equipan con complementos ajenos a la distinción campo-ciudad. Bombos de basura, farolas y bancos, pavimento de aceras, balaustradas, apliques de fachada, rótulos y paneles se prodigan con total indistinción.

Añádase el desbordamiento de los límites. La salida desde los núcleos rurales se producía a través de transiciones limpias, con un ruedo de ejidos, eras, huertas y cortinas al que sucedía la plena apertura al campo. Actualmente esta contención está perdida. Por cualquier sitio se alzan equipamientos de proporciones descomunales. Raro es el pueblo de la Meseta cuya silueta no esté desfigurada por acumulaciones de moles: las naves agrícolas, con su cubierta de placa reflectante. Chalés y cercados progresan anárquicamente sobre las huertas. El desparrame de urbanizaciones es incontenible.

Desde el punto de vista de la procedencia de las componentes y los procesos de generación de las formas, el paisaje tradicional se nutre de afloramientos que revelan esencias locales. Los caminos expresan las formas del relieve sin violentarlas; las casas aprovechan materiales de la zona; los árboles son inquilinos antiguos del bioclima; las parcelas y bancales dan expresión a las curvas de nivel. Si los elementos de tales paisajes evocan el afloramiento y la emulsión, los del nuevo paisaje agro-intensivo parecen sugerir el aterrizaje o la excavación minera. Son naves de chapa metálica, aerogeneradores, antenas y huertos solares, alambradas de acero, pistas aeroportuarias cruzando las lomas, revestimientos de plástico, equipamiento de riego (en particular, los *pivots*), movimientos de tierra. Estas formas carecen de denominación de origen: son producto de una acción a distancia y una industria internacional deslocalizada, ajena al espíritu de lo local.

Así pues, las componentes del paisaje tradicional, brotadas de la lenta interacción entre el medio y sus habitantes, gozan de una espontánea unidad. Por reiteración de materiales y la ley de ajuste al medio se originan improvisadas armonías, de fuerte eje compositivo. Gracias a la armonización histórico-natural de formas, el paisaje adquiere el atributo de

coherencia y, por lo tanto, posee carácter propio en cada enclave, una personalidad que no está reñida con la transición suave hacia paisajes contiguos. Contra tal densidad de diferencia se confabulan hoy factores varios: la banalidad de los equipamientos, fabricados indistintamente; la abolición de las formas históricas de parcelación; la rectificación de los caminos y el movimiento de tierras; la desaparición de setos y cercas de piedra; el sepelio de los perfiles de los pueblos bajo escuadras de naves industriales y filas de casas adosadas; la erradicación del pequeño patrimonio disperso; la tala de los bosquetes, alamedas y árboles de huerta; la proliferación de especies invasoras.

2. MODERNIZACIÓN AGRARIA Y TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE ¿UN FUTURO ABIERTO?

Las áreas rurales en Europa están experimentando cambios acelerados y de gran envergadura debido a factores como la demografía, el comercio global o la tecnología. Las alteraciones de la demanda de productos agrícolas y energéticos determinan impactos acusados en la calidad y el valor atribuido a los paisajes. El paisaje ofrece un registro meticuloso de los cambios, acusándose en él no sólo la huella de los puntos de llegada y de partida sino también de la ruta seguida.

El ritmo de cambio ha sufrido una aceleración marcadísima a raíz de la Revolución Industrial (VERHOEVE y VERVLOET, 1992). En los paisajes tradicionales o campesinos europeos, se viene produciendo desde el s. XVIII una evolución tendente a su progresiva desaparición. Si el paisaje tradicional era rico en diversidad, de grano fino, estructurado con claridad y bien ordenado, el nuevo paisaje producto de las transformaciones industriales, residenciales y de mercado es monótono, de grano grueso, caótico y estructurado desde la gran escala; no sólo la riqueza y prolijidad de composición, sino también la unidad y coherencia de estos paisajes tradicionales se erosiona a marchas forzadas (VAN EETVELDE y ANTROP, 2001; STANNERS y BOURDEAU, 1995). En sustancia, ello equivale a la extinción de una composición espacial dictada por el modo de vida, rítmicamente organizado, de las comunidades residentes (NOHL, 2001).

En muchos casos, los cambios se producen de forma solapada, apenas perceptible, como resultado de la acumulación de un número muy alto de pequeños impactos. Las micro-perturbaciones, organizadas en grandes números, dan lugar a transformaciones significativas. Es preciso evitar el error frecuente de considerar insignificantes los pequeños impactos, sin tener en cuenta que, coaligados y organizados en masa, desencadenan cambios sustanciales. Las administraciones públicas incurren con frecuencia en este error, y adoptan una tolerancia excesiva hacia cambios diminutos (pequeños equipamientos agrarios, cercados visual y socialmente inaceptables) sin pensar en que esta misma tolerancia puede disparar su proliferación.

NOHL (2001) señala, en referencia al ocaso de los paisajes culturales de base campesina y la simultánea emergencia de espacios de alta productividad agraria o energética, unas tendencias que cabe anotar como sigue:

- Pérdida de variedad. El carácter intensivo y exhaustivo de la nueva agricultura sepulta un rico ajuar de componentes tradicionales (estructuras vegetales y de parcela; equipamientos hidráulicos; red de caminos y malla de setos y cercados; modelos de asentamiento). El resultado es una reducción en el contenido informativo del paisaje.

- Pérdida de naturalidad. Los remanentes naturales o semi-naturales que pervivían como intersticios o tramas en el paisaje (baldíos, ribazos, setos verdes, bosquetes, roquedos) se desmontan. Las oportunidades para la re-instalación de procesos naturales disminuyen debido a la agresividad de los tratamientos anuales a que se someten los cultivos.
- Pérdida de estructuración rural. Los elementos orientadores del sistema territorial campesino van perdiendo su capacidad semiótica. Los campanarios de iglesia en los pueblos dejan de ser avisadores de la presencia de un poblado, al quedar subordinados a naves y otros edificios de altura similar. Las hileras de árboles que enmarcan vías principales de conexión han sido eliminadas en numerosos casos; con ellas se pierde una componente de encuadre y enfoque paisajístico y un telón que produce encubrimientos selectivos y contribuye a las alternancias de misterio y desvelamiento tan importantes para el disfrute del paisaje. En paralelo con un proceso de eliminación de referencias, el territorio recibe nuevos elementos de gran formato, ajenos a la escala local (autovías, líneas de alta tensión, mástiles de telefonía y televisión, infraestructura eólica).
- Pérdida de identidad local/regional. La rápida mudanza de componentes y equipamientos impide el maridaje entre objetos y lugares, que sólo se consigue por obra de dos agentes: un diseño muy sensible al entorno, o el efecto armonizador de la larga duración histórica. Ninguna de las dos condiciones se da, por lo general, en los nuevos equipamientos. Los elementos masivos o banales que la agricultura o la energética contemporánea disponen sobre el paisaje no son digeridos visualmente sin un tiempo de adaptación; pero este tiempo no les es concedido, debido a la gran aceleración tecnológica.
- Pérdida de calidad escénica. La contemplación de panoramas se ve acompañada de un número creciente de interferencias. La nitidez de percepción es empañada por la contaminación del aire y la constante banda sonora del tráfico. La huella acústica de una autovía, por ejemplo, marca una extensa banda de desasosiego a su alrededor. La vista desde una cima ofrece disonancias múltiples, destellos de naves agrícolas, movimientos de tierra, superficies cubiertas por plásticos.

Todo ello se combina dando lugar a un paisaje insatisfactorio, que invita a evadirse hacia otras formas de gratificación. La urbanización difusa, la arquitectura banal de las nuevas construcciones, el mal diseño paisajístico de la obra pública, la publicidad exterior mal gestionada, las canteras y movimientos de tierra sin tratamiento, la repoblación forestal masiva, que clausura el paisaje, la artificialización de los cursos de agua: el resultado predecible es la alienación de los ciudadanos ante su paisaje. Las repercusiones son desglosadas por NOHL (2001):

1. Evolución hacia el grano grueso. La irregularidad y las minucias, sutilmente interrelacionadas, del parcelario tradicional desaparecen para ser reemplazadas por grandes unidades homogéneas y mono-funcionales. Los patrones complejos del paisaje cultural tradicional son reemplazados por ensamblajes inconexos de extensas áreas cuya función es inmediatamente revelada al observador. Desaparece con ello uno de los componentes principales de la experiencia paisajística, el sentido de lo misterioso.
2. Empobrecimiento formal. El conjunto de elementos tradicionales, tales como bancales, setos, casetas, cercados o estanques, es abandonado o eliminado. En su lugar se establecen polígonos de explotación, con cultivos y formaciones arbóreas ordenadas.
3. Desestabilización del campo perceptivo. La desaparición de elementos arraigados, avisadores de lo local, hacen que la percepción del lugar pierda referencias identificadoras. De ahí una percepción desestabilizada, sin anclajes cognitivos.
4. Alienación. La aparición en el paisaje de elementos repetitivos procedentes de la escala global, sin conexión con los datos del lugar, y vinculados a tecnologías inescrutables para

el profano (mástiles de comunicaciones; plantas eólicas; autopistas) producen en el observador sentimientos de desapego y desorientación.

Pueden sintetizarse las anteriores generalidades sobre la distinción entre los paisajes patrimoniales de raíz rural y campesina y los paisajes intensivos contemporáneos mediante la siguiente tabla, que lleva a su extremo las distinciones señaladas.

Tabla 1: Distinciones entre paisaje tradicional y contemporáneo (elaboración propia)

PAISAJE TRADICIONAL	PAISAJE CONTEMPORÁNEO
Germinal	Proliferante
Discursivo	Segmentado
Polisémico	Monovalente
Multifuncional	Monofuncional
Matizado, aureolado (pero contenido)	Disjunto (con desbordamientos)
Sedimentario, gradualista	Puntuado, discontinuo
Connotativo, insinuante	Denotativo, explícito
Flexionante	Aglutinante (en <i>staccato</i>)

3. POSIBILIDADES DE ACCION PARA EL PAISAJE AGRARIO

Es general el consenso acerca de la rápida evolución de los paisajes de base cultural, que se han adentrado en un círculo vicioso de pérdida de biodiversidad, erosión de su carácter, disrupciones hidrológicas, descomposición de la comunidad y negligencia ambiental (SELMAN y KNIGHT, 2006; MACDONALD et al., 2000). Ello no excluye la posibilidad de recuperar una parte de los valores ligados a estos paisajes a través de una investigación acerca de sus condiciones de existencia, y mediante el impulso de nuevas funciones para el paisaje rural que generen armonías equivalentes (VOS y MEEKES, 1999). En las consideraciones que siguen son tenidas en cuenta las aportaciones del *Convenio Europeo del Paisaje*, cuya ratificación por el gobierno español se hizo en marzo de 2008, y la *Guía Europea de Observación del Patrimonio Rural*, donde se busca conciliar la protección ambiental con la ordenación territorial y urbanística.

Los nuevos valores de lo rural han de estar próximos a la cualificación del espacio como marco vital, por un lado, y a la apertura a múltiples funciones productivas ligadas al territorio (GRAY, 2003; GREIDER et al., 1991; SUMMERS, 1986; JEAN, 1997). La excelencia en las iniciativas empresariales rurales depende intensamente de la calidad del paisaje: es el caso de las denominaciones de origen, del turismo rural, o de las empresas de nueva tecnología.

Existen numerosas propuestas que permitirían reducir la creciente banalidad de los paisajes, el «indiferentismo espacial» al que alude Francesc Muñoz. Investigar sobre las pequeñas diferencias asociadas al lugar, y potenciar los elementos sobre los que el tiempo acumula rasgos de expresión son opciones que en modo alguno cabe considerar incompatibles con las nuevas tecnologías ni con los nuevos materiales. Para que el paisaje preserve su capacidad expresiva como depósito y cámara de resonancia del tiempo, es preciso que sus ritmos y sus reservas no se vean silenciadas por el desorden (atemporal) de los objetos y prácticas que en él se vuelcan hoy día. La cooperación expresiva entre los moldes del tiempo y del espacio requiere un mínimo grado de orden y quietud.

El buen mantenimiento del paisaje requiere buenas prácticas, adaptadas a los modos actuales de aprovechamiento del territorio. Es preciso profundizar en el conocimiento de la praxis agraria, proponiendo medidas detalladas que suavicen el impacto de cada etapa en el ciclo anual. El estudio desde dentro, con participación de buenos conocedores de cada sector y de su actividad, permite introducir pequeños giros en la rutina de trabajo, cuyo efecto acumulado, sin embargo, puede ser considerable.

Otro concepto contemporáneo que permite generar buen mantenimiento es la llamada custodia del territorio, un término que tiene su origen en la gestión ecológica. La emergencia de los valores asociados al paisaje está haciendo eclosionar un nuevo derecho, orientado a la tutela y custodia del paisaje, entendido como bien de disfrute individual y colectivo, que es preciso salvaguardar. La tutela o custodia se produce en algunos casos por iniciativa privada, a cargo de fundaciones o propietarios de tierra, en otros casos a través de incentivos, particularmente mediante el diseño de las ayudas agrícolas.

Es necesario extremar las precauciones en relación con los usos del suelo; la ordenación del territorio es una herramienta poderosa para armonizar los aprovechamientos y obtener la unidad de composición que, por sí mismas, las prácticas contemporáneas no garantizan. En muchos casos, se puede conseguir un considerable avance mediante iniciativas locales de armonización paisajística, en las que se repongan elementos de transición y piezas conectoras del conjunto: una alineación de árboles o un talud revegetado pueden ayudar a integrar una vista; la correcta implantación de un parque tecnológico ayuda a evitar los efectos de desorden y desaliño que suscita la proliferación de naves.

Con respecto a los elementos disonantes y a las perturbaciones paisajísticas existen diversas propuestas de actuación. El encubrimiento mediante pantallas vegetales, el tratamiento de los materiales (acudiendo en el caso de naves agrícolas a cubriciones no reflectantes del tipo del acero *corten*), la selección cuidadosa del emplazamiento: son otras tantas medidas que permiten paliar el efecto de la disonancia en los paisajes contemporáneos (RIESCO CHUECA, 2000).

La apertura visual y otros aspectos afines pueden actualmente determinarse mediante técnicas cuantitativas basadas en la explotación de los modelos digitales del terreno. Debe velarse por la integridad visual de puntos e itinerarios destacados, en los que la obstaculización de vistas asociada a determinadas obras (movimiento de tierras, construcciones exentas) puede mermar intensamente la amplitud de panorama. Son bienvenidas las propuestas de intervención que contravengan la tendencia simplificadora en el paisaje: las medidas ambientales y paisajísticas en la concentración parcelaria, y las prácticas de diversificación del paisaje agrario (ANDRÉS CAMACHO et al., 2002; SANDÍN PÉREZ, 2009; GÓMEZ OREA, 1994; VALENCIA SANCHO, 2002).

Es por ello importante adquirir un conocimiento detallado, rico en matices, acerca de los contenidos culturales, naturales y escénicos de cada paisaje. La inmensa pluralidad de modos de ver y entender, una vez puesta en valor a través de la participación ciudadana y el diálogo entre expertos y público general, ayuda a potenciar las pequeñas diferencias que nutren el interés del paseante.

Asegurar una mayor expresividad de lo mutable y estacional requiere apoyarse en la riqueza fenológica de las especies potenciales de cada lugar. En la selección de materiales

de construcción, especies arbóreas y patrones de cultivo, es conveniente como buena práctica de diseño la apertura al cambio: frondosas de hoja caduca, paredes cuya apariencia sea sensible al tiempo meteorológico, cultivos alternados o escalonados durante el año agrícola.

De forma análoga a como se observa en ciertos hogares norteamericanos la preocupación por invertir la tendencia al abarrotamiento (*clutter*) con muebles y enseres, sería deseable proponer procesos para reducir la acumulación y sobrecarga, el sobre-amueblamiento de algunos paisajes; elementos obsoletos, restos de publicidad, naves y cercados fuera de uso: son piezas que pueden ser retiradas sin sacrificio de la rentabilidad del territorio.

Son elogiables los esfuerzos por restablecer las conexiones peatonales del territorio, aprovechando recursos públicos como las vías pecuarias o los caminos tradicionales; son destacables trabajos como los emprendidos por algunas administraciones autonómicas y departamentos de universidad tendentes al deslinde y revalorización de este patrimonio (HERRERO TEJEDOR, 2005).

Es necesario introducir en la determinación del carácter paisajístico la serenidad, que en determinadas áreas es esencial. Regular el acceso de vehículos motorizados, especialmente todoterrenos y motos; evitar la apropiación de vistas por intereses privados cuando no esté sometida a una ordenación rigurosa; controlar ruidos de equipamiento agrario (bombas, generadores) mediante las oportunas revisiones técnicas; conciliar los intereses de los cazadores con otros modos de apreciar el paisaje: son vías que conviene explorar, ofreciendo pautas para un disfrute multi-dimensional del entorno.

Existen opciones para dotar de un sentido contemporáneo al dipolo campo-ciudad. La multiplicación de actividades y opciones de residencia y aprovechamiento del territorio ofrece un campo de exploración para constituir una nueva ruralidad, que establezca un catálogo de nuevos placeres y oportunidades para la expansión y la expresividad en medio no-urbano. En gran parte de Europa, la comunidad campesina es un hecho prácticamente extinto. En su lugar, sin embargo, pueden tejerse nuevos modelos de cohesión social en medio rural, que ofrezcan a los paisajes del futuro este elemento imprescindible: el saber empírico sobre el entorno que es atesorado por los residentes ligados durante largos años a un mismo lugar; la transmisión de conocimientos puede así mantenerse por conducto cultural a través de la permanencia, ya con nuevas funciones y expectativas de vida, de una comunidad asociada a un espacio, una comunidad que lo aprecia y encuentra en su interpretación y desciframiento una clave de su identidad y bienestar.

Sin cierta garantía de continuidad en el carácter de un paisaje, es difícil establecer relaciones afectivas con él. La permanencia de los rasgos que dotan de atmósfera a un espacio permite desarrollar estrategias de vinculación y responsabilidad. Es por ello por lo que el concepto de carácter, asentado en la práctica paisajística británica y respaldado por el CEP, ofrece una vía participativa y consensual para asentar determinadas permanencias esenciales; gracias a ellas, el espíritu de los lugares puede perdurar, y su reconocibilidad, basada en una malla sutil de relaciones entre pequeños componentes, puede ser mantenida y reforzada.

Por último, la señalética (disciplina que estudia la señalización de accesos, turística y ambiental) ofrece criterios que, correctamente aprovechados, permiten cualificar el paisaje sin sobrecargarlo ni crear desorden.

4. BUENAS PRÁCTICAS TRANSFORMADORAS DESDE UNA PERSPECTIVA INTEGRADA

En el sentido de las acciones expuestas, un desarrollo territorial que garantice la diversidad en un mundo globalizado y la preservación de la cultura y el patrimonio local, suponen unos principios imperativos dado que es el patrimonio material e inmaterial el que conforma la memoria colectiva de los pueblos, aportando significado al presente, que supone asimismo el capital futuro. El nuevo marco de referencia de lo patrimonial reafirma la idea del patrimonio como riqueza y asume su alcance socioeconómico y de compromiso con el pluralismo y la diversidad (OSE, 2009).

La propuesta de desarrollo para la comarca de Sayago que se presenta en este escrito (Fig. 1), cuya elección responde a criterios basados en el patrimonio socio-territorial diverso y en general bien conservado, con posibilidades todavía no aprovechadas, el modo de gestión tradicional que se manifiesta en montes comunales, campos abiertos y cercados, así como en el sistema de poblamiento y la antigua red caminera (PRADA LLORENTE, 2005 y 2007), se incardina en diferentes ámbitos de actuación para, desde una perspectiva integrada, reinterpretar el paisaje en sus escalas territorial y urbana e invertir la tendencia reduciendo el impacto y empobrecimiento formal que ocasionan intervenciones tales como la concentración parcelaria en la escala territorial, o el abarrotamiento de construcciones y cercados que rompe una escala urbana de morfología tradicional dispersa. Así, para la escala territorial, el Programa *Caminos Naturales* promovido por el Ministerio de Medio Ambiente, Rural y Marino que desde 1993 tiene como objetivo la recuperación de antiguas vías pecuarias o caminos tradicionales para uso y disfrute de la población. El citado programa se integra en la Red Nacional de itinerarios no motorizados, y ofrece un acceso directo al patrimonio rural para descubrir la diversidad de los paisajes de base cultural. En el presente caso, las tierras comunales, los cortineos, las dehesas y los propios núcleos de población se han de hacer manifiestos gracias a la recuperación paisajística del camino tradicional o vía pecuaria, en la actualidad intervenido por concentración parcelaria, denominado «Camino Natural Temático: Paisaje Agrario Sayagués».

Fig. 1. Vías pecuarias en el término de Almeida, antigua red caminera sobre la que se propone el Programa *Caminos Naturales*.



La propuesta de este Camino Natural se articula en torno al itinerario establecido sobre unas antiguas vías pecuarias sitas en el término municipal de Almeida, a través de cuyo recorrido se pueden contemplar las diferentes piezas de paisaje que constituyen la diversidad de este espacio, campos abiertos, campos cercados, dehesas, sistemas de población y la propia red caminera, planteándose como buena práctica de diseño alineaciones revegetadas con especies autóctonas y paredes tradicionales de mampuesto en seco, que suavicen en lo posible la perturbación paisajística producida por los nuevos caminos y sirvan de pantalla a las cercas alambradas, que surgen como cerramiento de las nuevas «parcelas» concentradas sustitutivas de las antiguas «tierras».

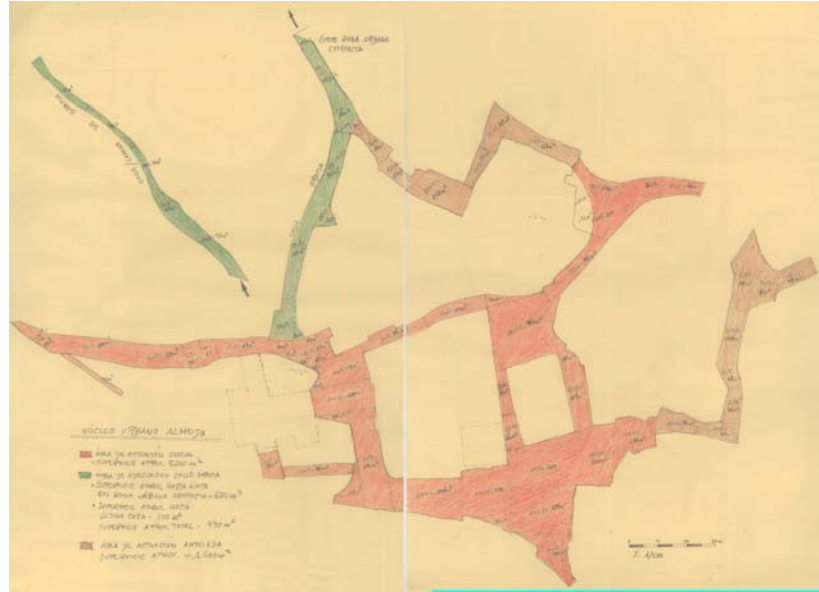
El desarrollo del Camino Natural a escala municipal es lo suficientemente representativo respecto a la totalidad comarcal en cuanto a los tipos de paisaje que configuran la trama territorial, y se basa en la investigación y análisis previos llevados a cabo sobre este ámbito geográfico (PRADA LLORENTE, 2007).

Las huellas materiales y las imágenes que han dejado seculares formas de tenencia, uso y gestión del territorio que se manifiestan en esa diversidad paisajística, presuponen la existencia de unas unidades territoriales básicas en la organización histórica de este espacio, constituyendo un verdadero patrimonio territorial que se presenta en esta propuesta de intervención, como un modelo de desarrollo sustentado en la defensa y puesta en valor del patrimonio territorial de Sayago.

La configuración del territorio se realiza a lo largo del conjunto del transcurso histórico; las nuevas intervenciones siempre han de realizarse sobre otras precedentes. La presente propuesta se articula en torno a un itinerario intervenido por concentración parcelaria. Por tanto la nueva actuación, realizada sobre una compleja trama de permanencias e intervenciones anteriores, se considera como una rehabilitación o puesta al día de un sistema complejo que nos ha venido dado.

Para la escala urbana (Fig. 2), la adecuación y rehabilitación del espacio urbano en el mismo municipio como parte integrante del camino, desmontando todos los elementos que suponen una «indiferenciación espacial», el vertido indiscriminado de hormigón o materiales asfálticos en las zonas de tránsito, o construcciones y cercados anárquicos, representa la aproximación en la escala para la comprensión global de este paisaje agrario.

Fig. 2. Área de actuación urbana en el entorno del Camino Natural.



La puesta en valor de este patrimonio paisajístico, este paisaje socialmente construido, tiene como finalidad el desarrollo sostenible de un territorio rural fronterizo, a partir de sus propios recursos naturales, económicos —agroganaderos—, y culturales, articulados en una propuesta global de intervención.

Entendemos por territorio el ámbito espacial en el que a lo largo del tiempo se ha constituido la identidad de un cierto grupo social; con arreglo a esta comprensión, la construcción histórica del mismo en el sistema de procesos naturales constituye la base fundamental de esta iniciativa que contiene la propuesta ya redactada.

5. SENSIBILIZACIÓN SOCIAL Y EDUCACIÓN ACERCA DE LOS VALORES Y OPORTUNIDADES ASOCIADOS AL PAISAJE AGRARIO

Para rehabilitar o reinterpretar este sistema y educar en los valores y rasgos específicos del paisaje hay que descifrar el lenguaje del territorio, atrapararlo en una red, una red o tejido que se adapta a la superficie, una red de límites y una red de caminos (ver Fig. 3) que a modo de sistema nervioso, establece relaciones en el espacio y en el tiempo.

Fig. 3. Malla de límites y caminos, valles comunales, definidores del territorio sayagués.



Las técnicas para establecer relaciones se fundamentan en los modos de construir, tejer y cultivar, basándose dichas técnicas en la repetición; apilar piedras o ladrillos, superponer hilos para crear mallas, o reiterar surcos en un camino de ida y vuelta respectivamente. Aunque construir implica lo vertical y la labranza supone fundamentalmente la horizontalidad, John Berger apunta que «cultivar es una lucha continua por estimular lo vertical» (BERGER, 1980).

Esta repetición en el espacio, los cultivos, los elementos arquitectónicos dispersos por el territorio, o los núcleos de población, fruto de una larga interacción del hombre con su medio, sólo la podemos percibir mediante el movimiento en el tiempo, el desplazamiento, para lo cual la red de caminos presenta un carácter primordial.

El desplazamiento a través de los caminos tradicionales debemos interpretarlo de acuerdo con las necesidades de cada momento, reforzando el patrimonio heredado, cuya función es identitaria, estética y sostenible para usos futuros, frente a la amenaza paisajística que, en el presente caso, supone la concentración parcelaria, cuya función remite única y exclusivamente a una prioridad socio-económica.

Argumentar y persuadir acerca de los valores paisajísticos, del paisaje entendido como construcción social del territorio o paisaje biográfico, promoviendo la formación y educación de la sociedad civil y autoridades públicas: tal es el objetivo de la presente propuesta, haciendo convivir en el espacio dos modos de ver y entender el territorio, de una parte la insensibilidad pública heredada de unas políticas basadas en un modelo económico en que los intereses particulares prevalecen sobre el interés colectivo, y de otra, la convicción de que el paisaje heredado supone un instrumento que da sentido y arraigo en el lugar, promoviendo el bienestar físico y espiritual.

Fig. 4. Impresión y experiencia del paisaje. Dibujo E.I.Prada



BIBLIOGRAFÍA

ANDRÉS CAMACHO, C., COSANO, I., y PEREDA, N. (2002): *Manual para la diversificación del paisaje agrario*, Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, Sevilla.

- BERGER, J. (1980): *Mirar*, Gustavo Gili, Barcelona, 2003.
- GÓMEZ OREA, D. (1994): *Evaluación del impacto ambiental de la concentración parcelaria*, Valladolid, Consejería de Agricultura.
- GRAY, J. (2003): A rural sense of place: intimate experience in planning a countryside for life, en: *Planning Theory and Practice*, 4(1): 93–96.
- GREIDER, T., KRANNICH, R. y BERRY, E. (1991): Local identity, solidarity, and trust in changing rural communities, en: *Sociological Focus*, 24: 263–282.
- HERRERO TEJEDOR, T.R. (2005): *Propuesta Metodológica para el Estudio de las Vías Pecuarías*. Tesis Doctoral, Universidad Politécnica de Madrid.
- JEAN, B. (1997): *Territoires d'Avenir. Pour une Sociologie de la Ruralité*, Presses de l'Université du Québec, Québec.
- MACDONALD, D., CRABTREE, J.R., WIESINGER, G., DAX, T., STAMOU, N., FLEURY, P., GUTIERREZ-LAZPITA, J. y GIBON, A. (2000): Agricultural abandonment in mountain areas of Europe: environmental consequences and policy response, en: *Journal of Environmental Management*, 59: 47–69.
- NOHL, W. (2001): Sustainable landscape use and aesthetic perception- preliminary reflections on future landscape aesthetics, *Landscape and Urban Planning* 54: 223-237.
- OBSERVATORIO DE LA SOSTENIBILIDAD EN ESPAÑA (2009): *Patrimonio Natural, Cultural y Paisajístico. Claves para la sostenibilidad territorial*. Ministerio de Medio Ambiente, Rural y Marino. Madrid.
- PARDOEL, D., RIESCO CHUECA, P. (2009): *El paisaje en la esfera pública: Discurso, Percepciones e iniciativa ciudadana en torno a los paisajes españoles*. OSE. Ministerio de Medio Ambiente, Rural y Marino. Madrid.
- PRADA LLORENTE, E. (2005, 2007): Paisaje agrario, antropología de un territorio, en: *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*. Nº 144-154. Ministerio de Vivienda. Madrid.
- RIESCO CHUECA, P. (2000): La interpretación de perturbaciones en el paisaje rural. Propuestas de atenuación, *Andalucía Geográfica*, Nº VII, Diciembre, Sevilla.
- SANDÍN PÉREZ, J.M. (2009): Los últimos setos vivos de la provincia de León, en: *Argutorio*, nº 22, pp. 21-25.
- SELMAN, P. y KNIGHT, M. (2006): On the nature of virtuous change in cultural landscapes: Exploring sustainability through qualitative models, en: *Landscape Research*, 31(3): 295–307.
- STANNERS, D. y BOURDEAU, P. (Eds.) (1995): *Europe's Environment. The Dobříš Assessment*. European Environment Agency, EC DG XI and Phare, Copenhagen.
- SUMMERS, G. (1986): Rural community development, en: *Annual Review of Sociology*, 12: 347–371.
- VALENCIA SANCHO, E. (2002): *La concentración parcelaria eco-compatible, instrumento de desarrollo local integrado y sostenible. Régimen jurídico de la institución*. Memoria de doctorado, Universidad de Lérida.
- VAN EETVELDE, V. y ANTROP, M. (2001): Comparison of the landscape structure of traditional and new landscapes. Some European examples. En: Mander, Ü., Printsman, A., Palang, H. (Eds.), *Development of European Landscapes*, Publicationes Instituti Geographici Universitatis Tartuensis, Tartu, p. 275.
- VERHOEVE, A. y VERVLOET, J. (eds.) (1992): The transformation of the European rural landscape: methodological issues and agrarian change 1770–1914, en: *Tijdschrift van de Belgische Vereniging Voor Aardrijkskundige Studies*, LXI, 1.
- VOS, W. y MEEKES, H. (1999): Trends in European cultural landscape development: perspectives for a sustainable future, en: *Landscape and Urban Planning*, 46: 3–14.